

mática chileno-germana, Margarita Johow, agregada cultural durante siete años en la Embajada de Chile en Berlín, genuino enclave nacional-socialista en aquel período. Muy hábilmente Farías nos atrae a ese mundo siniestro, en que la barbarie imita el canon industrial. (Hay un episodio que lo caracteriza: el ciclo de experimentos raciales con niños chilenos, destinados a ratificar que Chile, «país bastardo», suponía un peligro genético para la pureza racial de la colonia alemana.) Urgido por su torrentoso archivo, el autor estudia la política exterior de Chile y los vínculos de sus instituciones diplomáticas con el Tercer Reich. Asimismo, rastrea el espionaje nazi en Chile y averigua los lazos que se establecieron entre las Fuerzas Armadas chilenas y el hitlerismo, dedicando un especial interés a la revista *Ejército-Marina-Aviación*, instrumento de propaganda al que no fue ajeno un joven suscriptor, Augusto Pinochet. Finalmente, para construir su epílogo, Farías acude a otro hecho que causó una reciente polémica periodística: la infructuosa solicitud hecha en 1972 por Simon Wiesenthal a Salvador Allende, con el propósito de lograr la extradición del criminal nazi Walter Rauff, refugiado en Chile desde 1961.

Hay en este voluminoso informe algo terrible que nos recuerda aquella intuición de Borges en 1939: «Es posible que una derrota alemana sea

la ruina de Alemania; es indiscutible que su victoria sería la ruina y el envilecimiento del orbe. No me refiero al imaginario peligro de una aventura colonial sudamericana; pienso en los imitadores autóctonos, en los *Übermenschen* caseros, que el inexorable azar nos depararía».

**Vida perdida**, Ernesto Cardenal, *Seix Barral*, Barcelona, 1999, 457 pp.

El deseo, ausente de recelos, y una religiosidad heterodoxa, azarosa, con cierto sentido purificador, parecen ser los resortes últimos de Ernesto Cardenal (Granada, 1925), poeta y político nicaragüense que, a mayor abundancia y trajín, reconstruye en estas páginas los vaivenes del amante clandestino, el reparto de naipes político y las posibilidades de ensoñación del místico, dejando su huella en la novela que hay dentro de todo esbozo memorialista. Contra la soberbia del dato exacto, en las secuencias de este proyecto se desliza la entropía implícita en todo recuerdo —la misma vida es entropía, negativa y efímera—, y una radical ambigüedad impregna cada registro. Formulada en estos términos, la memoria implica una descompensación, sobre todo si el relato va de la mitad de la vida a la infancia, ese espacio donde Cardenal ubica su Arcadia y sitúa el fin de

su recapitulación. En esta espiral, el autor evita la estatuaría y prefiere relatar los acontecimientos con un aire inocente, excitado, insatisfecho de la norma, ocasionalmente pueril, pero siempre respetuoso con la claridad formal: «Desprendidos de todo lo superfluo –sostiene–, nuestras vidas son como los cuartos de los hoteles».

Para resumir todo este currículo emotivo hay que mencionar primeramente el vuelo de Cardenal desde Nicaragua hasta Estados Unidos para ingresar en el monasterio trapense de Our Lady of Gethsemani, en Kentucky. Si no puede haber duda sobre la importancia de Thomas Merton para su retrato juvenil, es por otra parte esencial la presencia de los nombres más granados de la poesía nicaragüense. A destacar también los muchos enamoramientos, constituyendo un nuevo dilema: «Sería erróneo –escribe– pensar que yo fui un pecador como San Agustín. Más bien yo sentía envidia de San Agustín. Yo hubiera querido tener la vida intensa de pecado sexual que él tuvo antes de su conversión; y también deseaba tener como él mi conversión pero después. Después de haber pecado como él».

Al margen de su anecdotario en el noviciado y la universidad, Cardenal escribe a propósito de los Somoza, subrayando detalles crueles (las torturas al mismo tiempo que se

oyen las carcajadas de Tachito) y también reveladores (la caravana del dictador que paraliza el tráfico, cuando se dirige a la Casa Presidencial), y combinando esos detalles tomados de la realidad con reflexiones acerca del placer, la fe y el dolor, con toda su carga de incertidumbre y desorden.

**Pompeu Gener y el modernismo**, *Consuelo Triviño Anzola, Verbum, Madrid, 2000, 176 pp.*

Como a muchos otros cronistas, también a Gómez Carrillo le interesó la polémica de Pompeu Gener con Clarín, quien lo acusó de plagiar a Max Nordau en *Literaturas Malsanas* (1884), una obra desde la que Gener dirigía sus dardos contra simbolistas, decadentistas y demás naufragos del fin de siglo. Es más, en un pasaje de sus *Primeros estudios cosmopolitas* (1920) menciona el debate: «Una de las cosas que con más curiosidad deseaba yo saber era si, según el autor de *Degeneración*, mi sabio amigo Pompeyo Gener resultaba o no, en su libro de las *Literaturas Malsanas*, un crítico original. Desgraciadamente, Max Nordau no había leído aún la obra de su colega catalán.

–¡Gener! –me dijo– ¿Pompeyo Gener?... No le conozco...»